

Aula 14. Ya llega el fin de semana (Here Comes The Weekend):

Las semanas posteriores a todo el malentendido alrededor de mi presunta marcha han transcurrido con la máxima tranquilidad. Y por tranquilidad se entiende la rutina de todos los días, amenizada con momentos divertidos, risas y anécdotas para recordar. Para acabarlo de rematar, si hay una cosa que me encanta del inicio de curso es que resulta de lo más suave: al cabo de un casi un mes, llega la *Golden Week*, el primer periodo de descanso. Momento en el que todo aquel que puede, incluida la familia Kasuga, realiza una escapada al pueblo o a cualquier otra parte...

Por desgracia, este año, una serie de circunstancias han convertido esos planes de asueto en papel mojado. A saber: *otōsan* tiene que compensar, con horas de guardia en la redacción, el hecho de que no viaja. Y *okāsan*, que es quien lo hace, ha tenido que sacrificar el descanso de este año por un problema de fechas... Relacionado con los acontecimientos del curso pasado.

En apariencia, esta cadena de hechos se puede leer como simples gajes de sus oficios. Sin embargo, para mi, van a representar una nueva serie de señales en el cielo... Traducidas en negras nubes de tormenta.

Todo empieza el viernes. Último día de clase hasta después de la pausa. Mañana, excursión hasta el aeropuerto de Narita para despedir a *okāsan*, que parte hacia Toronto para trabajar sobre unos cuantos encargos pendientes. Por fin podré hacer lo mismo en el *Shin Abakabu* sin problemas... Siempre y cuando *oyagi-san* no sepa tampoco nada al respecto. Como cada mañana; las discusiones de siempre, alrededor de la ropa y el desayuno, entre mi madre y mi hermana. Mientras como con tranquilidad y empiezo a preparar excusas para evitar ser descubierto, escucho unas palabras de la primera. Inocentes de entrada. Pero que están a punto de darme un inmenso quebradero de cabeza: “Si sigues siendo así de indecisa, los chicos acabarán cansándose de ti”. Tras esa frase lapidaria, la puerta del baño se cierra con estruendo.

Alzo la vista. Para sorpresa mía, mi padre baja el periódico tras el cual se refugia muchas mañanas. Tanto a Kenji como a mi nos llama la atención su expresión: tensa, preocupada y temerosa de algún desastre. Nos miramos y nos leemos la mente. Pensamos lo mismo: no puede ser que vaya a suceder. Por desgracia, los dos pecamos del mismo mal: muy mala memoria. Y lo comprobamos cuando nos cruzamos con Akemi, que coge el *bentō* y su cartera, y se despide de nosotros. Mi padre, que ya ha apreciado antes que nadie lo que va a hacer, la advierte: “¡No se te ocurra hacerlo!”. Ni caso: a través de la teletransportación se esfuma en nuestras narices. Antes de que pueda abrir la boca, le pido a *otōsan* que lo deje en mis manos. Toca correr.

Cuando llego al Kōryō, la tragedia se ha materializado: mi hermana avanza con paso firme hacia el aula. Por el camino, los cuerpos de los moscones que hoy se han atrevido a cortejarla; en mi ausencia y en la de mis amigos, se acumulan esparcidos por el suelo, llenos de moratones, golpes y magulladuras, y arrastrándose a duras penas. Casi sin darme cuenta, tras de mi, llega Genda. Va a mostrarme su enfado por haberle dejado tirado y no haberle avisado. Sin embargo, antes de que pueda hacerlo, formula la pregunta mágica: “¿Qué ha pasado?”. Cuando le comento que ha sido

Akemi y que ésa es la razón por la cual no he pasado a llamarlo, calla y corre junto a mi.

Una vez dentro del edificio, la vigilamos a distancia. Se ha metido dentro de los lavabos de chicas... para subirse la falda del uniforme bastantes dedos. Al salir, se cruza con Kunoshita, la delegada de su clase, la cual tiene la mala idea de reprender su acción y amenazarla con informar a la directora. Antes de que pueda abrir la boca, mi hermana utiliza los poderes y deja a su compañera en ropa interior. Genda tiene que contener la sangre que expulsa su nariz. No imaginaba tuviera una delantera tan 'desarrollada'. Ahora no estoy para tonterías *hentaionas*. Si no me doy prisa, el peor y más olvidado de los escenarios posibles se puede dar: que nos tengamos que mudar a otra ciudad.

Perseguimos a Akemi de manera prudencial hasta que nos encontramos con Amateratsu y Nakahara. Preguntan por el plante que han recibido por parte de su amiga y por el reguero de chicos amoratados que se acumula en la puerta. Todo lo que les puedo comentar es que mi hermana está de muy mal humor. Advierto a la segunda de manera especial, ya que ambas se sientan la una junto a la otra. Lo único que puedo hacer es implorar a los dioses que la cosa no empeore, a la espera de poder deshacer el entuerto.

La ley de Murphy resulta implacable: si algo se va a torcer, seguro que se torcerá. La hora del patio sería el mejor momento para acabar con todo esto. Sin embargo, Nakamura-*sempai* no ha tenido mejor ocurrencia que, a través de los delegados, citar a todos los miembros del Club de *Karate* en el gimnasio. Camino junto a Genda a lo largo de los pasillos en dirección hacia allí. Las acciones de mi hermana se han convertido en la comidilla de todos los corrillos. Escuchamos vagamente algo relacionado con Yasuda-*sempai*. Por desgracia, no logramos encajar todas las piezas. La sorpresa va a resultar monumental.

Reunidos allí, el capitán nos anuncia una noticia que desagrade a la gran mayoría de miembros: nos veta marchar a ninguna parte hasta el lunes. Quienes desobedezcan la orden serán duramente sancionados. Añade que nuestro Club no es el único sujeto a esa prohibición: los de *Jūdō*, *Kendō* y *Aikidō* también quedarán afectados por esa norma. Los murmullos por el disgusto crecen hasta que se expone la razón: con motivo de los próximos Campeonatos de Artes Marciales de Kanagawa y para promocionar el deporte escolar, todos vamos a participar en un reportaje fotográfico para el semanario de un importante periódico. Las sesiones se realizarán entre mañana y el domingo.

Nos dispersamos y volvemos hacia clase. Es entonces cuando estalla la noticia en nuestras narices. Y lo de estallar es en el sentido más doloroso del término: desde uno de los corrillos escuchamos que mi hermana le ha pedido una cita a Yasuda-*sempai* delante de todo el mundo. La cara de Genda se convierte en un poema. Ése es uno de los golpes bajos que más daño hacen. En principio, queremos creer que no es así. Sin embargo, cuando en la conversación se añade que han quedado para comer, la expresión de mi compañero se contrae aún más. Casi parece plomo hundiéndose en el océano.

Rezo para que llegue la hora de la comida. Y con más fuerza cuando escucho una

explosión que proviene desde el laboratorio. Mi hermana ya la ha vuelto a liar jugando a científica aficionada. En la pausa, me acerco hasta allí para ver qué ha sucedido. Nakahara está triste, desesperada, incrédula ante lo que está viendo. Esa chica no es su mejor amiga. Es alguien totalmente distinta a la que conoce. Tengo que hacer algo. Y lo tengo que hacer pero ya. El problema está en cómo retenerla sin que nadie se dé cuenta para deshacer la hipnosis.

Mi gozo acaba en un pozo cuando Genda y yo comprobamos que lo de la comida juntos no era ningún farol. Akemi se marcha cogida del brazo de Yasuda-*sempai*, lo soba de manera bastante obscena y le saca la lengua a mi amigo como gesto de desprecio. Los demás nos reunimos en la azotea. Amateratsu está compungida y desconectada, tratando de buscar una explicación coherente a todo lo que está pasando. Nakahara solloza, a punto de romper a llorar. Me suplica que, si conozco alguna manera, devuelva a su amiga a su estado original. Añade que parece poseída por un fantasma o hipnotizada. Genial: sólo falta que se den cuenta de que tenemos poderes sobrenaturales. Por lo pronto, la sospecha está ahí.

Para acabarlo de rematar, aparece quien menos deseo que lo haga: Watanabe-*sensei* en persona. Me pide que, cuando acabe de comer, vaya inmediatamente a su despacho. Cuando llego allí, pico antes de entrar. Con gesto tenso, me ofrece asiento. No lo puede disimular: está furiosa por el comportamiento de Akemi. Y si hay algo que odia sobremanera, es que cualquiera altere la paz del Kōryō. Con tono violento, me pide explicaciones al respecto. Por descontado que no puedo decirle que se ha auto sugestionado. Ni tan siquiera creo que sepa lo que significa. Afortunadamente, la táctica de permanecer en silencio funciona: tras desahogarse, me pregunta si existe alguna solución. ¡*Bingo!*: a la directora sí puedo pedirle carta blanca para actuar. Y me la concede. Añado que necesito que la cite en la piscina del *gakuen*. El resto corre de mi cuenta.

Y así sucede: mi hermana aparece con paso decidido y gesto tenso, como si estuviera narcotizada. Su sonrisa resulta hartamente maliciosa. Nakahara no se equivoca: parece poseída por algún espíritu travieso. El escenario permanece exactamente como lo deseo: sin miradas ni presencias ajenas. Justo en ese instante, activo mi plan: concentro mi energía al máximo para inmovilizarla. Akemi trata de resistirse con violencia, desplegando su poder hasta el grado máximo. La colisión de fuerzas produce un temblor un poco fuerte. Por suerte, este choque se puede disimular como una simple réplica sísmica de poca intensidad.

Tras unos segundos de acción-reacción, logro mi propósito: la coloco en posición horizontal sobre el agua de la piscina. A continuación, mientras con una mano la sujeto utilizando la levitación, con el dedo índice de la otra activo el conjuro que tía Kurumi me enseñó para estos casos. Siempre debe usarse una superficie reflectante. Puesto que el espejo de un lavabo es un lugar demasiado pequeño para ejecutar esta acción, la piscina resulta ideal. Funciona: ha vuelto a su estado original. Sin embargo, cuando esto sucede, me relajo. Tras concentrar tanta intensidad de poder, bajo la guardia de manera inexplicable... Y mi hermana acaba cayendo al agua, de boca, aún inconsciente. Tengo que zambullirme para rescatarla. Al final, ambos pasamos el resto de la jornada académica en el *hokenshitsu*.

Cuando concluyen las clases, aparecen nuestros amigos. Nakahara se abraza a Akemi para comprobar que ha vuelto en sí. A continuación, Amateratsu le explica todo lo que ha hecho. Mientras se lo narra, insiste en preguntarle si recuerda algo de lo sucedido. Suerte que se ha caído a la piscina y ha perdido el conocimiento. Mis compañeras hubieran insistido con la teoría de la hipnosis. Cuando concluye la exposición de los acontecimientos del día, mi hermana ofrece una expresión que habla por sí sola: se ha metido en un buen lío. Corrección: en más de uno. A pesar de lo acontecido, la cosa acaba en risas.

O eso es lo que creemos. Quien aparece no es, como de costumbre, nuestra madre, sino *oyagi-san*. Y, a diferencia de lo que suele ser costumbre en él, está furioso. Se lleva a Akemi hacia un costado y la abronca de manera vehemente. Le recuerda que por estupideces y descuidos como los que ha cometido, mis tías, mi abuelo y él se tuvieron que mudar en más de una ocasión. Por lo pronto, mañana se quedará castigada en casa. Sólo podrá salir para ir a despedir a *okāsan*.

El trayecto hasta el aeropuerto de Narita se asemeja casi a un velatorio. Mi hermana no abre la boca, disconforme con la pena impuesta. Kenji y yo guardamos silencio, condicionados por la tensión que se respira dentro del Mercedes que fue de Mado-*ojīchan*. Mi padre tampoco articula ni una sola palabra, enojado todavía por la posibilidad evitada de la mudanza. Y mi madre... No necesita que le lea la mente. Pisa con energía y a fondo el acelerador. Indiscutiblemente, se siente culpable. Sabe que ella ha sido el detonante de todo el lío acontecido ayer... Y la causante del mal ambiente que se respira en ese momento. Quiere marcharse. Y cuanto antes, mejor.

Cuando llegamos a la Terminal 1 del Aeropuerto, justo antes de que su vuelo despegue, *okāsan* se despide de nosotros con lágrimas en los ojos. Esta vez no nos lee la cartilla ni nos advierte. Es como si hubiera renunciado a sus deberes. Algo me dice que se le han pasado muchas cosas por la cabeza esta última noche. En especial, criar a unos hijos con ciertas habilidades problemáticas. No me queda otra que compensárselo de alguna manera. Le pido a mis hermanos que me acompañen y dejen a nuestros padres a solas. Creo que tienen mucho de que hablar antes de la partida.

El silencio sepulcral de la vuelta queda roto por el tono del móvil de nuestro padre. A diferencia de otras veces, en las que despacha sus asuntos telefónicos a solas, esta vez activa el manos libres y descuelga. La sorpresa salta al escuchar quien está al otro lado de la línea:

–*Ohayō Gozaimasu, Kyōsuke-san.*

–*Ohayō, Daigo-san.* ¿Qué se te ofrece esta mañana tan pronto?

–Es sobre el favor que me pediste. Ya conoces mi política, que es la misma que la de Takashi-*sensei*: si tengo que retratar a alguien, que sea a mi familia y en privado.

–A ver, Daigo-*san*. No te lo he pedido a ti por casualidad. Sí, conozco muy bien tu política de trabajo, pero tengo dos problemas que me han obligado a llamarte para este encargo: uno, la faena se me ha acumulado en la redacción. Y dos: necesito a alguien neutral para mañana. No quiero escuchar malas lenguas. Además, me debes una... y sabes que confío plenamente en tu criterio.

–Está bien, tú ganas. Pero tendrás que prestarme unos cuantos objetivos y la

Canon analógica que compartes con el *sensei*, si no te importa.

–Eso está hecho. En cuanto llegue a casa, te lo llevaré hasta allí.

–De acuerdo. Encontrarás a mi hija. Yo me tengo que marchar a Kujukuri para supervisar a tu compañero en la sesión de hoy. Nos vemos.

–Nos vemos.

El adormecimiento de mi mente, propiciado por el silencio sepulcral que reina en el coche, se ha desvanecido. Un hecho me consuela: tengo una oportunidad para ver a Amateratsu sin el incordio de su padre. Un encargo pendiente del mío, la compra para la comida del mediodía, me allana el camino. De repente, me giro y observo a mi hermano pequeño reír maliciosamente:

– ¡*Onīchan* tiene una cita!

–Kenji-*chan*, deja de leerle la mente a tu hermano. Que yo sepa, Sakura-*san* es su compañera de clase y la hija de un viejo amigo así que deja de montarte películas... y preocúpate de tus notas, porque como no mejoren vas a ir de cabeza a una academia de refuerzo.

El capote que me ha echado mi padre parece que ha apagado las ganas ajenas de burlarse de mi hermano. Sin embargo, el rostro de mi hermana, silencioso y decaído, varía como un bloque. Casi olvidaba que Nakahara también está implicada en el ajo:

–Tienes razón, *otōsan*. Kenji-*chan*, deja ya de decir tonterías. Como mínimo, mis presuntos líos de faldas me dan muchos menos problemas que los tuyos. Si te llegan a escuchar las amigas de Akemi...

No le pasaría nada. Son demasiado buenas chicas para que le pongan la mano encima a un sujeto tan *hentaion* y caradura como mi hermano pequeño.

Cuando llegamos a casa, Akemi se marcha directamente a su habitación sin decir ni pío. Aún le pesa lo sucedido ayer. Mi padre localiza el material que debo llevarle al padre de Amateratsu y después se marcha a hacer la compra. Por su parte, Kenji... literalmente, vuela. Sin la sujeción de *ofukuro-san*, cabalga libre y a sus anchas. Por lo que a mi respecta, casi olvidaba el detalle: tengo que llamar a Máster para acordar la hora de mi incorporación al *Shin Abakabu*. Aprovecho el momento para telefonarle. Como siempre, me recibe con voz amable y pausada. Me comenta que, si fuera posible, me pasara por allí a partir de las cinco. Hoy va a ser un día fuerte de trabajo.

Un rato más tarde, me dirijo hacia la *Green House*. En mi mente sólo se proyectan las imágenes del buen rato que voy a pasar junto a Amateratsu. Sin embargo, algo inesperado y desagradable lo apaga todo. En dirección opuesta, se acerca una figura amoratada y ensangrentada. Es la de mi hermano pequeño:

–¿Pero qué demonios te ha pasado, Kenji-*chan*?

–Nada *onīchan*, nada. Ya me lo cobraré.

–Espera, espera. ¿Me lo vas contar o no?

–Está bien. Me han atacado por sorpresa y a traición.

–¿Y se puede saber el porqué?

–Porque a algunos no les sienta bien que otros tengamos éxito con ya sabes qué – mi hermano esgrime el dedo meñique para reafirmar a qué se refiere–.

–Está bien, vamos a dejarlo... ¿Y por qué no has respondido?

–¡Porque el horno no está para bollos! Después de lo que pasó ayer con *onēchan*, ¿te piensas que voy a poder utilizar los poderes alegremente? Por si no te has dado cuenta, *oyagi-san* está muy cabreado. Sólo le faltaría eso. Por eso te he dicho que ya me lo cobraré.

Tiene razón a ese respecto. Nuestro padre tiene un carácter bastante amable y menos estricto que nuestra madre. Sin embargo, cuando se trata de los poderes, puede llegar a ser más duro que *okāsan*. Por otra parte, me sorprende la formalidad que ha mostrado respetando las reglas familiares, algo muy poco común en él:

–¿Dónde están quienes te han agredido?

–Arriba, al final de los escalones, justo antes del parque.

–¡Perfecto! Me pilla de paso. Si se portan bien, te los cedo. Pero como no sea así, lo voy a sentir por ti.

–No te preocupes. De una manera u otra van a recibir.

Me encamino con calma hacia la *Green House*. Cuando alcanzo los escalones, movido por la costumbre, empiezo a contarlos. Y justo cuando llego al final, observo como se está produciendo una escena desagradable: un chico de secundaria, posiblemente del último curso y con aspecto de matón, presiona a una chica que carga con un par de bolsas de la compra. Al acercarme, reconozco su figura. Es Amateratsu. Todo se precipita cuando otro sujeto nada recomendable y de su misma edad se me acerca:

–¡Guau! ¡Vaya maleta! Seguro que debes llevar un buen material para vender. ¿Por qué no te portas bien y me ofreces algo de lo que cargas? Así te podré aligerar de peso.

–¿A cambio de qué?

–De que pases intacto.

Como en los viejos tiempos de los *Knights*. Nada ha cambiado. Aplastas una cobra y aparece un nido de víboras. ¡Qué digo! No llegan ni a culebras. Ya tiene narices que se enfrenten a alguien más mayor que ellos. Veamos: contando a este cretino y al que está presionando a Amateratsu son cinco. Una cifra muy musical. Hay que empezar por este payaso y después lanzarse contra quien la está acosando. Tengo que evitar que me reconozcan como alguien próximo a ella y que puedan utilizarla como rehén. La respuesta debe ser lo suficientemente contundente como para que no se les ocurra volver a pisar este barrio. Ni ningún otro. Y moderando el uso de mi energía al máximo, algo que creo que me va a costar. Además, seguro que deben saber de sobras lo que les pasó a los *Black Shadows* y quien los noqueó. Odio tener que hacerlo y lo voy a sentir mucho por mi padre, pero en juego está su equipo de trabajo. Es decir, dinero:

–¿Qué pasa? ¿Es que alguien se te ha comido la lengua o qué?

–¿Y si me niego?

–Te volverás con unos cuantos kilos menos –el sujeto desenvaina una navaja– y con la cara nueva.

–Está bien.

Dejo las maletas en el suelo. Justo lo que necesitaba. El sujeto baja la guardia y ataco con contundencia: le inmovilizo el brazo para desarmarlo y le suelto un codazo brutal que le hunde la mandíbula y lo deja tirado en el suelo. A continuación, me

lanzo contra el otro. El muy idiota aparta a Amateratsu de un empujón y me lanza el puño. Sin embargo, me agacho lo suficiente como para esquivarlo y respondo con un derecha-izquierda que lo pliega. El directo que proyecto de abajo a arriba contra su boca lo levanta y deja K.O. Dos a cero.

Los tres capullos restantes se precipitan contra mi. Uno de ellos lleva una tubería de plomo. Ése es mi objetivo. Usando la técnica para inmovilizar un *bokken*, bloqueo su golpe, la clavo en el suelo y respondo apoyándome en ésta y proyectando mi pie contra su cara. Con la barra en las manos lo demás es pan comido. Acaban arrastrados por el suelo, cosidos a golpes, sin entender qué ha pasado. Cinco a cero. Campana y se acabó. O casi. Cuando uno de ellos intenta incorporarse, saco mi lado macarra y lo agarro por la solapa:

–“El Caballero de la Carreta” os manda saludos cordiales –al pronunciar ese nombre, la ya de por sí asustada expresión del sujeto ofrece un pánico y un terror aún mayores–. Desapareced de este barrio y que no se os ocurra volver a poner el pie o volver a amenazar a su gente, porque como me entere de que no es así, os garantizo que vais a acabar peor que los *Black Shadows*. ¿Queda claro?

–Sí.

–Y ahora, ¡¡largo!!

No me gustan las peleas. Y debo reconocer que me sentía muy a gusto en mi nueva vida, más tranquila. Por desgracia, a veces uno tiene que hacer lo que detesta para poder seguir disfrutando de una existencia pacífica. De todas formas, ésta me ha servido para desentumecer mis músculos y entrenarme en una ‘situación real’. Recojo las maletas y reemprendo la marcha. Amateratsu ha huido despavorida. No es para menos, tras la cantidad de violencia que se ha desencadenado y el miedo que tiene que haber pasado. Kenji ya se puede quedar tranquilo.

Ese pavor vivido lo noto cuando timbro a su casa. Tengo que identificarme para que pueda abrirme, y aún así lo hace con el seguro puesto. Me disculpo con ella por el espectáculo tan lamentable que ha contemplado. Seguro que no esperaba volver a verme en esa situación. Sin embargo, al quitar la barra y abrir de par en par, me ofrece una sonrisa amplia y encantadora. No hace falta. Comprende la situación y que no era muy distinta de la que ella vivió con los *Black Shadows*.

A continuación, dejo las maletas con suavidad sobre el suelo. Lo que llevo en éstas es bastante delicado. Me invita a entrar en su habitación y me ofrece asiento y un té con limón frío. La inesperada actividad me ha hecho sudar un poco. Desde lo sucedido en aquella noche de borrachera que no volvía a pisarla. La emoción de contemplar el lugar donde descansaba mi padre, ahora que puedo observar todos los detalles con la luz del día, me paraliza. Además, su sonrisa me idiotiza hasta el punto de hacerme olvidar lo sucedido. Sin embargo, lo que más nervioso me pone es estar sentado junto a ella en un lugar tan poco propicio como es su cama:

–¿Qué vas a hacer en esta *Golden Week*?

–Marcharme fuera no, por desgracia. Ya sabes que mi madre se ha tenido que ir a Toronto a atender encargos pendientes –al mencionárselo, se ruboriza recordando el gigantesco lío que se organizó al respecto de todo ello– y mi padre tiene que trabajar. Y encima, mañana tengo la sesión de fotos. No sabes la poca gracia que le ha hecho

la idea a los miembros de los Clubes de Artes Marciales.

—¿Y eso?

—Les han vetado marcharse bajo amenaza de un castigo severo. ¿Y tú no te vas?

—¡Qué va! A mi padre le pasa lo mismo que al tuyo. Hoy se ha tenido que ir a Chiba a supervisar una sesión de fotos y me ha dejado al cuidado de mis hermanos pequeños. Hace tanto calor que, seguramente, me los llevaré esta tarde a la piscina. Oye, ¿por qué no llamamos a los demás?

—Porque, como siempre, Nakahara *sí* se ha ido fuera. Genda está sujeto al mismo problema que yo, pero aún así sus padres han venido a verle y tiene que atenderlos. A parte, mi hermana está castigada por lo que pasó ayer y yo...

Ya me gustaría quedar con ella a solas. Lamentablemente, no soy demasiado fan de plantar a nadie, y menos a Máster. Una voz infantil rompe la disertación:

—Por nosotros no te preocupes *onēchan*, puedes ir con tu novio. Nosotros no os molestaremos.

—¡Amateratsu Junichirō-*chan*, ya está bien! Es mi amigo y mi compañero. Perdónalo, todavía es un niño.

Y yo que me quejaba de mi hermano Kenji. A su edad no tenía estas salidas. Que yo recuerde, fue cuando entró en la preescolar que se soltó el pelo. El de Amateratsu, cuando crezca, le va a dar todavía más quebraderos de cabeza que el mío. El *enano* promete:

—No te preocupes, de todas maneras no puedo. Esta tarde tengo cosas que hacer.

—¿Y mañana?

—Es la sesión de fotos. Por eso te he traído las maletas.

—¡Anda, que despistada soy! Mañana tendré que ir con mi padre y mis hermanos para ayudarle. Casi olvidaba lo del encargo.

Pasamos el resto de la mañana conversando sobre cosas del *gakuen*. El tiempo pasa tan deprisa que una llamada al fijo de su casa rompe la charla. Y me devuelve a la realidad. Cuando Amateratsu cuelga el aparato, me dice que mi padre me reclama para preparar la comida. Casi olvidaba que es la hora, mi hermana está castigada en su habitación y él se fía más de mi criterio culinario. Ambos nos despedimos y prometemos hablar por teléfono en otro momento.

Tras ésta, descanso en mi habitación escuchando *Abacab* y *Invisible Touch* de Genesis. Necesito ponerme en situación. Hasta que llega el momento de la «operación evasión». Nunca creí que tendría que volver a escabullirme de casa así. Y además, a plena luz del día. Justo cuando encuentro un lugar lo suficientemente alejado de casa, utilizo la teletransportación para llegar al *Shin Abakabu*.

Nada más entrar por la puerta, Máster me recibe con la amabilidad de siempre y me indica las tareas a realizar. Primero llega lo más duro: colocar las mesas, vestirlas, situar la cubertería y ayudar a la gente de cocina. Después, lo más agradable: ajustar los instrumentos, trabajar con la mesa de sonido, atinar con los tonos de los micrófonos para evitar acoplamientos... Justo mientras afinó el piano, concentrando al máximo mi capacidad de escucha, me deja un refresco con un trapo sobre la caja. Al levantar la vista, me recomienda que me tome una pausa para respirar y recuperar la frescura. Añade que el consejo no es suyo, sino de su mujer.

Al acabar mi jornada, me felicita. Los músicos de la sesión están realmente agradecidos por la tarea realizada. Y sorprendidos, ya que no esperaban a alguien tan joven y con tan buen oído para ajustar los instrumentos, los micrófonos, la mesa de audio, los amplificadores... Lo mejor de todo es que tengo tiempo suficiente para volver a casa... con los bolsillos un poco más llenos. Mientras regreso, observo el paisaje de la calle, con la gente bien animada y dispuesta a pasárselo bien antes de irse a bailar a la disco. No puedo evitar añorar esos tiempos de juerga con los *Knights*. Por desgracia, me tocará esperar antes de volver a vivirlos. Y espero que sea con mis amigos. Tal vez algún día debería saltarme las reglas y traerme aquí, al menos, a Amateratsu.

La noche pasa con rapidez. Y la mañana siguiente me va a traer sorpresas. La primera, tras el desayuno: mi padre me pide que prepare tres *bentō*, para él y mis hermanos. Añade que hoy tiene que ir a Kujukuri, en la prefectura de Chiba, para supervisar el encargo del padre de Amateratsu. El detalle me extraña un poco. ¿Para eso me hizo ir a casa de mi compañera si al final él mismo iba a desplazarse hasta allí? Una de dos: o tiene mucho morro o... es más liante que mi madre. A continuación, me rememora la conversación del coche que tuvo con el progenitor de Sakura. Añade que mis hermanos le acompañarán para que no se queden solos.

Al encontrarme con Genda en la puerta de casa de sus tíos, éste me hace pasar. Protesto recordándole que tenemos que ir hasta el Kōryō para reunirnos con los demás miembros de los Clubes de Artes Marciales. Sin embargo, el porqué lo encuentro cuando entro: me presenta a sus padres y hermanas, que han venido desde Kyōto. Son gente realmente encantadora y amable. Trato de no ser rudo y descortés. En especial cuando me presenta a Miyuki, la pequeña de las chicas. Se ruboriza hasta el punto de apartar un poco la mirada de manera avergonzada. ¡Qué mona que es! Al final, ambos tenemos que salir corriendo con el petate a cuestas. Mientras corremos, mi amigo me acusa de “rompecorazones”: la chica le ha reconocido que no esperaba conocer a un chico tan atractivo.

Por suerte, llegamos justo antes de que los capitanes agrupen a la gente de los Clubes y nos dicten las instrucciones de la sesión. Nos recuerdan que lo que se va a realizar es un importante reportaje gráfico en un periódico de tirada nacional. Cuando Nakamura-*sempai* nos comenta que el punto de destino es Kujukuri, en Chiba, mi torrente sanguíneo se queda congelado y mi cuerpo pálido. Mi mente, bloqueada por la sorpresa, trata de reaccionar a chispazos de muy alta tensión. Demasiada casualidad: el padre de Amateratsu tiene un encargo allí, el mío también ha marchado hasta ese lugar para supervisarlos. Además con mis hermanos. Teniendo en cuenta que el segundo trabaja, casualmente, en un periódico de tirada nacional y le comentaba al primero, «Necesito a alguien neutral para mañana. No quiero escuchar malas lenguas. Además, me debes una... y sabes que confío plenamente en tu criterio», ato cabos.

Un latigazo. No, dos latigazos eléctricos muy potentes me colocan en situación. Si las piezas encajan, mi hermana estará allí... ¡Y Amateratsu también! Genda me rescata de mi meditación glacial:

–Kasuga-*san*, no tienes muy buena cara. Se puede saber qué te pasa.

–Genda-*san*. Si lo que acabo de escuchar es cierto, te aseguro que tendremos una

sesión de fotos movida... y lo pasaremos bastante mal.

–¡Venga ya, no seas aguafiestas! Vamos a la playa, a disfrutar del día tan estupendo que hace y, encima, de las vistas. ¡¿Qué más quieres?!

–Ojalá me equivoqué. Sin embargo, yo de ti estaría alerta.

Como siempre, mi amigo es un ingenuo demasiado optimista. Durante el trayecto en tren, trato de ahuyentar los gélidos temores que me están castigando. Al llegar a la estación de Kujukuri, justo en el andén contrario, nos encontramos con los miembros de los Clubes de Artes Marciales de otro instituto de la prefectura. El número de gente acaba por darnos una idea de la importancia de la sesión. En procesión avanzamos hacia el escenario: la playa de la localidad. Y, al llegar allí, el paisaje se nubla. Igual que una tormenta de verano violenta, mis miedos se cumplen desde el principio hasta el fin. Para empezar, Daigo Amateratsu se ha traído a toda su familia, lo cual incluye a Sakura. Y lo compruebo porque mi capitán, Nakamura-*sempai*, no pierde ni dos segundos en ir a saludarla y presentarse ante su padre.

Y para continuar, como bien esperaba, mi padre, mi hermana y mi hermano pequeño también han asistido al evento. Yasuda-*sempai* se dirige como una exhalación hacia donde están ellos para lo mismo. Akemi desea que se la trague la tierra tras el plante que le dio. No obstante, le salva el hecho de que es muy mona. Su cara tiene el raro don de conseguir muchas indulgencias. De repente, me giro hacia Genda, que observa toda la escena con una expresión de desagrado y tristeza fuera de lo común. Al cruzar nuestras miradas, las palabras no pueden contenerse: “¿Qué te había dicho?”. Su expresión muta desde la tristeza hasta la irritación. No sé cual de las dos cosas le molesta más, si el hecho de contemplar aquel cuadro o el haber acertado, para desdicha de los dos, la predicción realizada.

De inmediato, una vez Yasuda-*sempai* se ha llevado secuestrada a mi hermana y Nakamura-*sempai* ha ejecutado lo propio con Amateratsu, le pido explicaciones inmediatas al responsable:

–¿¿Se puede saber por qué no me has dicho absolutamente nada de todo esto?!

–*Gomen nasai Izumi-chan*, pero debes entenderlo. Cuando el jefe Yagami me comentó que era un reportaje por entregas para el semanario adjunto del periódico, de cara a los campeonatos de la prefectura del próximo agosto, no encontré ningún problema... hasta que vi que en la lista de asistentes figuraban los Clubes de Artes Marciales del Kōryō. Entonces todo cambiaba.

–¿Y eso dónde me deja a mí?

–Por eso llamé a Amateratsu Daigo-*san*. Piensa que me está devolviendo un favor inmenso. Ya sabes que es discípulo de Takashi-*ojīchan*, lo cual significa que retrata paisajes, no personas. Y la excepción la hace con su familia y a título privado. Necesitaba a alguien neutral y de confianza. Y él cumple sobradamente los dos criterios. No quería que en la redacción me acusaran de parcialidad.

Otōsan tiene razón en todo. En absolutamente todo. Él también soporta ciertas presiones que debe capear. El problema es que, como consecuencia de todo el embrollo, voy a tener que vivir unas horas francamente desagradables.

Mientras esperamos a que llegue el turno del Club de *Karate*, Genda y un servidor no tenemos más remedio que mirar hacia el suelo. «Disfrutar de las vistas». Ja, ja, ja.

Mi hermano pequeño, para no aburrirse, ayuda al padre de Sakura con los paneles reflectantes. A parte de ser el único hombre que no está implicado en la sesión, tiene bastante experiencia en el tema. De paso, farda un poco delante de las chicas que están presentes. Amateratsu se encarga de vigilar a sus hermanos, que están correteando y chapoteando en la orilla. A su lado, pegado como una lapa, Nakamura-*sempai* no se separa de ella. Él también sabe como se las gasta el padre de mi amiga y aprovecha que está ocupado para tirar la caña. Las sonrisas que le dedica me escuecen cada vez más. Tengo la sensación de estar contemplando un *déjà vu*. No soñándolo, no. Contemplándolo. Los sueños premonitorios son cosa de mi hermana.

En su caso, la situación resulta aún más dedicada. Yasuda-*sempai*, el capitán del Club de *Jūdō*, permanece enganchado a su lado con pegamento. Lo que éste aprovecha es el hecho de que mi padre tiene que coordinar a los diferentes grupos y establecer el orden. La soba a fondo e, incluso, se atreve a pasarle la mano por detrás de la espalda, a la altura de la cintura. Si sigue así, llegará hasta su trasero. Por vergüenza y por estar en deuda con él, tiene que acceder. No le queda otra. Kenji también observa la escena desde la distancia. Momentáneamente quiere hacer causa común conmigo. Ya conoce la suerte de sus agresores y quiere compensármelo. Por eso trata de gastarle una broma utilizando los poderes. Sin embargo, antes de ni siquiera poder activarlos, mi padre abandona la conversación en la que estaba inmiscuido y se dirige hacia mi hermano pequeño. Su mirada, severa, lo dice bien claro: «Ni se te ocurra». Si mi cara es expresiva, la de Genda no le va a la zaga.

La mañana transcurre lenta, pesada. Los capitanes de los Clubes de *Jūdō* y *Karate* no pierden la ocasión para *vender roscas* y sumar puntos ante quien supervisa la sesión y quien la realiza, esto es, mi padre y el de Amateratsu. Nosotros nos tenemos que tragar los celos, la envidia, el miedo, la tristeza, el dolor... De repente, vemos a los subordinados de Yasuda-*sempai* dirigirse hacia las casetas para cambiarse. Ha llegado su turno. Al menos, a Genda se le ha acabado el sufrimiento... durante un rato.

Por fin llega el nuestro. Mientras el Club de *Jūdō* se retrata, caminamos hasta los vestuarios para enfundarnos el *karategi* de *katas*. Espero que la cosa no se alargue mucho, ya que es como llevar un *onsen* a cuestras. Ya podrían haber pensado en nosotros y habernos permitido llevar el de *kumite*. Lo hacemos con lentitud, deseando que el suplicio que estamos viviendo se acabe. Tras salir, nos colocamos en formación. En la primera instantánea, los demás permanecen sonrientes. Tanto, que el padre de Amateratsu nos pide a Genda y a mi que alegremos un poco más las caras. Como si tuviéramos motivos para estar contentos tras lo que hemos tenido que ver. Después, nos pide, uno a uno, que ejercitemos las *katas*. Tras un rato de espera, puedo decirlo bien alto: ¡Aleluya! Todo ha concluido.

Tanto Genda como yo nos precipitamos hacia el vestuario para volver a llevar ropa de calle, largarnos a comer, y olvidarnos de esta pesadilla. Ahora sí que empieza la *Golden Week* para nosotros. De repente, el tono de llamada de mi móvil, “Land Of Confusion”, suena a música celestial de rescate. Quien está al otro lado de la línea es Máster. Me pregunta si puedo acercarme hoy al *Shin Abakabu* antes, ya que las previsiones de asistencia que tenía para esta noche se han desbordado. Sin vacilar, respondo afirmativamente. La verdad es que me está salvando de una situación muy

indigesta y desagradable. La conversación se alarga tanto que, casi sin darme cuenta, me he quedado sólo en la caseta.

Al colgar, escucho una voz que me llama. Y no puedo evitar sentir algo entre vergüenza y estado de alarma al comprobar que su timbre es femenino. Y que me resulta especialmente familiar: “Kasuga-san, ¿estás todavía ahí?”. Mi faceta macarra y descortés sale a pasear un rato. No se merece que le dirija la palabra. Las sonrisas, el hecho de que haya atendido tan espléndidamente a Nakamura-*sempai*, su conversación, los celos que cortan hasta hacer sangrar... Todo acontece según el guión que ha planteado mi lado más retorcido. Entra justo cuando estoy medio desnudo:

–¡*Kyah!*... Me has asustado.

–¡Qué, ¿te gusta lo que estás viendo, hentaiona?!

Su cara se ha enrojado a velocidad de vértigo. Pero me da igual. No se pierde nada del otro mundo y, si fuera así, por mi me despelotaría del todo para hacerle pasar todavía más vergüenza y reparo. Ella no sería, precisamente, la primera en verme así. A continuación, se refugia tras la pared:

–*Onegai*, Kasuga-san, no te cambies todavía.

–¿Por qué?

–Mi padre quiere sacarte unas cuantas fotos más. Cree que puedes aportar algo más al reportaje.

–¡Mientes!

–¡Es mi padre quien te lo pide, no yo! ¡Deja de tomártelo todo como algo personal!

De repente, me quedo paralizado, pasmado. Había escuchado hablar mucho de la intuición femenina. Sin embargo, ella la ha perfeccionado. Casi olvidaba que llevamos juntos más de un año en la misma clase. Tiempo suficiente para conocer mis virtudes y defectos. Y esta vez lo ha clavado. Sabe que los celos me han jugado una muy mala pasada. Y eso la ha enfadado y ofendido profundamente. Al final, le pido un minuto para enfundarme el *keikogi* otra vez. Añado unas palabras de compromiso como disculpa: “Está bien. Porque es él quien me lo pide. No quiero que, por mi culpa, mi padre quede en mal lugar ante el tuyo”. Después, su mano cálida me arrastra a lo largo de la playa. La sonrisa que me ofrece es amplia, sincera, refrescante, hechicera, real. Me doy cuenta de que es totalmente distinta a la que le mostraba a Nakamura-*sempai*. Aquella era de compromiso. Y logra recuperar la alegría en mi rostro. El detalle se dará en ese momento: ninguno de los dos apreciaremos que un objetivo nos está apuntando para atrapar esa escena.

Cuando ambos llegamos donde el padre de Amateratsu tiene montado el *set*, el cuadro ha cambiado de manera radical. No soy el único a quien arrastran de la mano. Mi hermana también tiene cogido a Genda de la suya. La expresión que muestra es tan alegre como la mía. Supongo que debe haberse disculpado por sacarle ayer la lengua y haberle ignorado. La dicha de mi amigo aumenta cuando ella le invita a comer. Mi padre, armado con la *Canon* de Takashi-*ojīchan*, captura ese momento. Y, tras retirar el rostro del objetivo, esboza una sonrisa que rezuma nostalgia por un tiempo pasado tal vez mejor.

Los Clubes del Kōryō ya se han marchado. Ese hecho ha posibilitado que la situación haya dado un vuelco. Estaba claro que, tras la amenaza de los capitanes,

todo el mundo estaba loco por marcharse, incluidos éstos. Situado junto a la orilla y descalzo, el padre de Amateratsu me pide que me relaje y me deje llevar. Ahora sí puedo ejecutar las *katas* en un estado de ánimo equilibrado. Mis movimientos encuentran la armonía imposible que no podían mostrar tras lo vivido esta mañana. Puedo desplazar mis brazos y piernas con ligereza y agilidad. Tras concluir las, todos se quedan pasmados. Entre ellos, el fotógrafo. Reconoce que pocas veces debe haber visto un ejercicio de demostración que se acerque tanto a la perfección.

Casi olvidaba el compromiso con Máster. Me disculpo ante todos y me despido. Es una pena que no pueda quedarme, pero como ya he mencionado anteriormente, no soy amante de plantar a nadie. Además, con la sonrisa que me ha ofrecido Amateratsu ya me doy por más que satisfecho.

Mientras me vuelco en las tareas de preparación en el *Shin Abakabu*, no soy consciente de la escena que se está representando en el estudio que Daigo Amateratsu tiene en Akihabara. Tanto él como mi padre comentan las fotos que toman cuerpo bajo el papel de revelado y la luz roja:

–Kasuga-san, debo reconocerlo: tu hijo será un *karateka* excelente. Pocas veces debo haber visto una armonía de movimientos tan buena en un muchacho tan joven.

–Eso es que no has visto a su madre en el Kōryō. También prometía mucho como gimnasta y, ya ves, se dedica a la docencia y a la composición. Además, si no hubiera sido por Sakura-kun, no habrías conseguido unas fotos tan buenas.

–¿Qué quieres decir con ello?

–Compara éstas dos –primero le muestra la instantánea que retrata a todo el Club de *Karate*–. ¡Hasta tu mismo le has tenido que pedir a Izumi-chan y a su amigo que sonrieran!

–Sí, tienes razón, tu hijo estaba extrañamente tenso y enfadado.

–Y sin embargo, mira su expresión en esta foto –le enseña la que el propio Daigo Amateratsu nos ha sacado–. Lleva una sonrisa de oreja a oreja. No has apreciado la diferencia, ¿no?

–Pues la verdad es que no.

–¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¡Qué inocentón que eres! Lo siento por ti, pero algo me dice que entre tu muchacha y mi chico hay algo más que amistad. ¿Te imaginas que nos convirtiéramos en consuegros?

–¡Ni se te ocurra mencionarlo! ¡Mi hija es demasiado joven para estas cosas! Además, tengo que cuidar de mis hijos pequeños.

–Tienes razón. Quien pillara su edad.

–¿Lo dices por esta otra? –Daigo Amateratsu le enseña, con cierto punto de malicia, la que mi propio padre le ha sacado a Akemi y a Genda–.

–Sí. Debo reconocer que me ha recordado una en concreto, de una sesión del *sensei* cuando estaba en el *gakuen*. Y, curiosamente, también fue un favor que tuvo que hacerle a un compañero. ¿Qué te parece si de éstas dos hacemos dos copias?

–¿Todavía insistes con la misma idea?

–Mira que eres malpensado, Daigo-san. Por ahora, dejemos que se ilusionen y vivan. Olvidemos, por una vez, con quien se van a casar o divorciar nuestros hijos. Y que disfruten, que es lo que toca a su edad. Ya habrá tiempo de valorar sus elecciones.

En efecto: la *Golden Week* resulta tan entretenida y la disfruto tanto que se me hace extremadamente corta. Por entre medias, días de trabajo duro pero agradable en el *Shin Abakabu*, risas y momentos divertidos junto a Genda –que ha decidido no marcharse a Kyōto hasta las vacaciones de verano–, Nakahara –cuyos padres han adelantado la vuelta a causa del mal tiempo– y las demás, y sorprendentes y agradables descubrimientos. Uno de esos días, de visita en casa de mi amigo, reparo en una foto enmarcada en su habitación: él y mi hermana cogidos de la mano. Ésa era la verdadera razón por la cual sonreía tan abiertamente tras la insufrible sesión de fotos. Prefiero no preguntarle de dónde la ha sacado, aunque me lo imagino. En otro, mi hermana nos invita a comer a todos en descargo por lo sucedido el último día antes de la pausa. Se lo debe a sus sufridas amigas.

Y finalmente, llega el domingo anterior a la vuelta a las clases. Al igual que una semana antes, *otōsan* me pide que me acerque hasta la *Green House* para recuperar el material que le prestó al padre de Sakura. Sin embargo, esta vez desconozco si tendré que contar con su presencia o no. Aunque, ahora que lo pienso, si él estuviera, no me mandaría a mí. En efecto: cuando timbro a su casa y Amateratsu me abre, compruebo que está sola. Como de costumbre, me ofrece asiento y un té. Mientras tanto, busca las maletas de mi padre. No puedo evitar tener que levantarme para ayudarla. Reconozco que pesan bastante.

Tomo asiento de nuevo y, al volver, Amateratsu me entrega un sobre tamaño Dina A4. Lo que hallo dentro me deja paralizado de alegría: es el momento, congelado sobre papel fotográfico, en el que ella me arrastra hacia donde está su padre. A continuación, me pide que la guarde con cariño y que procure que no la vea Akemi. Si no, el lío está servido una vez más. Añade que ella también tiene una copia en su habitación. Lo que más le ha extrañado es que ha sido su propio padre quien se las ha entregado. Asiento a su petición y me quedo pasmado: ¿No había comentado hasta la saciedad que era muy estricto al respecto del tema *dedo pulgar*? Ya no me cabe ninguna duda: todo esto es obra de *oyagi*. Tras un rato, decido despedirme de ella. No quiero que él me tenga que volver a llamar para preparar la comida.

El ruido del despertador me devuelve a la asquerosa realidad. ¡Qué poco dura lo bueno! Hoy lunes vuelven a empezar las clases. Como cada mañana de curso, la rutina de costumbre: levantar al gandul de mi hermano, vestirse, preparar los desayunos, las dudas de mi padre y mi hermana sobre lo que van a tomar –tengo que compadecer a *ofukuro-san* por lo que tiene que aguantar cada mañana–, preparar los *bentō* para la comida, ir a buscar a Genda... Mi amigo todavía flota en la nube. Como yo. Ambos entendemos que jugamos con una gran ventaja sobre nuestros oponentes, los capitanes de los Clubes de *Jūdō* y *Karate*. Sin embargo, no debemos bajar la guardia. Todavía queda mucho camino por delante.

Al cabo de un rato, nos encontramos con las chicas. Las bromas y chistes, como el buen humor, todavía no han sido engullidas por la seriedad de las aulas del *gakuen*. Y es justo cuando entramos en el campus del *Kōryō* que sucede lo más sorprendente e inesperado: los rastros de lo acontecido una semana atrás todavía no se han borrado. Los chicos se apartan a una distancia considerable de mi hermana, que se sitúa en uno de los extremos del camino. Aún conservan el miedo por lo vivido en aquel día. Su

actitud nos provoca, en principio, una sonrisa que acaba por convertirse en carcajada al recordar lo sucedido. Y como quedaron.

Por desgracia, las risas acaban por tornarse en muecas de resignación. Una figura elegante y severa nos está esperando en la puerta con los brazos en jarra y una expresión de fiereza muy grande:

–¡Kasuga Akemi y Kasuga Izumi, acompañadme inmediatamente al despacho! ¡Creo que me debéis una buena explicación por lo sucedido antes de la pausa de la *Golden Week*!

La foto de la directora del Kōryō esperándonos en la puerta, como quien espera a su presa afilando las armas, es la que queda retenida en la memoria de estos días. Junto con una excusa poco convincente para esquivar el castigo: Akemi padece una extraña variante de sonambulismo. Y un rumor malicioso que corre como la pólvora encendida por los pasillos: entre las chicas se comenta que, en aquel momento, ella estaba poseída por el espíritu de una ex alumna del instituto fallecida cuyo fantasma no podía hallar la paz.

Fin del capítulo

Las Mudanzas

De nuevo, un saludo a [tod@s](#). Es un lugar muy común en el Manga –y sobretodo en *KOR*–, el tema de las mudanzas. Por lo que se suele comentar en el mundo japonés, éstas acostumbran a resultar especialmente muy caras –Takashi, padre de los Kasuga, da fe de ello al recordar a sus hijos que se han mudado “siete veces” y que, a ese paso, van a hacer de oro a los del gremio–. Sin embargo, en ocasiones, pagar una cierta cantidad de dinero merece la pena. Y ya os puedo asegurar, por experiencia propia, que una mudanza es uno de los mayores quebraderos de cabeza que uno puede sufrir. A saber: preparar las cajas, empaquetar las cosas, dejar a parte lo que se vaya a utilizar de manera prioritaria –neceser, ropa interior, ropa habitual–, vigilar que *nada* se quede sin empaquetar, cargarlo, estar al tanto de que *nada* se quede sin cargar, transportarlo, desempaquetarlo, ordenarlo, rezar para que *nada* se haya quedado olvidado... ¿A que, después de todo esto, uno se queda casi sin resuello? Pues lo que acabo de narrar es una mudanza. Me explico, ¿no? Cruzad los dedos para que no sea la vuestra.

Hasta el próximo capítulo.

Vize Yoshi, 21 de Agosto de 2011